

# **textos y documentos**



# Françoise Brauner por sí misma (1911-2000)

Françoise Brauner by herself (1911-2000)

Rose Duroux

Universidad de Clermont-Ferrand.

Recibido el 5 de septiembre de 2007.

Aceptado el 7 de febrero de 2008.

BIBLID [1134-6396(2006)13:2; 379-397]

*A Gloria Nielfa Cristóbal*

De lo que aquí se trata es de captar la voz de una mujer poco conocida, una voz que se hace el eco de las “feminidades” diversas del siglo XX. La austriaca Fritzi Riesel tenía unas ideas muy claras, desde sus años de estudiante, sobre lo que significa ser *mujer* y afirmarse como tal. Y no era tan corriente, a finales de los años 20, incluso en las grandes capitales europeas, resistir a las embestidas directas o indirectas de la “prepotencia masculina”.

Fritzi Erna Riesel, nacida en Viena en 1911, en una familia judía de la burguesía progresista, se inscribe en 1929, tras unos excelentes estudios secundarios en el Instituto protestante para chicas de la ciudad, en la Facultad de Medicina. Por entonces, las mujeres médicas eran muy poco numerosas. Siendo estudiante, conoce a Alfred Brauner (1910-2002), nacido en Saint-Mandé, cerca de París, que cursa literatura en Viena. Ambos comparten el amor a las excursiones montaÑeras y a los ideales socialdemócratas. Se doctoran. Como en el verano 1936 se acaba



la prorroga militar de Alfred, Fritzi le sigue a París —“con una maleta minúscula, “para ver...”. Pero son los años en que el gobierno francés pone trabas laborales insalvables a la inmigración de médicos extranjeros que llegan masivamente huyendo del hitlerismo. Además, si la guerra —que ya se barrunta— estallara, Fritzi Erna Riesel, austriaca, sería inevitablemente internada como súbdita enemiga. ¡O se tenía que marchar o se tenía que casar! *Volens nolens*, se optó por el casamiento de *emergencia* a pesar de que hasta entonces Fritzi, feminista convencida, se había negado a casarse. Alfred Brauner entró en filas en la guarnición de Metz, mientras la “Señora de Brauner” aceptaba un trabajo poco digno de su formación. En espera... Por eso, cuando en España estalló la guerra civil y el gobierno español lanzó una llamada a los médicos del mundo, ella se alistó sin vacilar. Pronto fue la asistente del director del servicio de cirugía del hospital de las Brigadas Internacionales de Benicàssim. También se le encargó la asistencia médica de un hogar de niños evacuados lindante con el hospital. Esta última experiencia, que se inscribía en la lógica de su vocación vienesa por la pediatría, iba a determinar su futuro profesional, pues toda su vida la dedicaría a la labor de inserción de los niños víctimas de las guerras y de otras calamidades<sup>1</sup>. De los niños españoles traumatizados había aprendido las virtudes de la pintura, del dibujo<sup>2</sup> y otras artes. Después de los niños de España, a la “Doctora” —cuyos diplomas no eran reconocidos por Francia— no le faltó la labor: acoger a los niños judíos perseguidos por la Alemania de 1939, luego, en 1945, a los niños supervivientes de los campos de exterminio<sup>3</sup>.

1. BRAUNER, Alfred: “Biographie du Docteur Françoise Erna Brauner (1911-2000)”. En: *Hommage à Françoise et Alfred Brauner. Leurs travaux sur l'expression dramatique chez l'enfant*. París, GRPE, 2001, pp. 9-20. BRAUNER, Alfred y BRAUNER, Françoise: *La educación de un niño deficiente mental*. Paloma Sánchez de Molina y P. José Antonio Ríos González (trads.). Madrid, Aguilar, 1981. Id.: *J'ai dessiné la guerre. Le dessin de l'enfant dans la guerre*. París, Expansion Scientifique Française, 1992.

2. DUROUX, Rose: “Françoise y Alfred Brauner transmisores de la memoria infantil”. En ALTED, A.; GONZÁLEZ, R.; MILLÁN, M. J. (coms. expo.); REGÁS, Rosa (pról.): *A pesar de todo dibujan... La Guerra Civil vista por los niños*. Madrid, Biblioteca Nacional, 2006. Id.: “Ojos de niños sobre la guerra”. En: *Congreso: La Guerra Civil española 1936-1939*. Madrid, UNED (en prensa). Exposición de Guadalajara (30-11-2006/31-01-2007): “Lo que yo he visto de la guerra”. *Los dibujos infantiles de la Colección Brauner 1937-1938*. Catálogo (Duroux) con DVD realizado por Guy Baudon y Luca Gaboardi, Ediciones de la Diputación de Guadalajara, 2006.

3. Gracias a su conocimiento de la lengua alemana y a su experiencia española pueden atender médica y pedagógicamente, en 1939, a unos 130 niños judíos en el Château de La Gnette, propiedad de la familia Rothschild; y, en 1945, a unos 440 chicos procedentes de los campos de Auschwitz y Buchenwald en un sanatorio de Écouis.

Françoise Brauner, en 1947, tuvo el hijo que no pudo tener antes. Luego cursó, otra vez, el bachillerato; a continuación “despachó”, rápido, los exámenes clínicos y obtuvo la “especialización” en psiquiatría infantil. Al final de los años 50, ascendió a “médico-director” de los Centros de tratamiento educativo para niños deficientes mentales de Saint-Mandé. Siempre trabajó junto con su marido, pedagogo, y con él redactó libros y realizó documentales filmicos sobre el autismo especialmente. A ambos les animó la misma fe hasta el final de su longeva vida.

El orden alfabético hace que en bibliografía “Alfred” preceda irremediabilmente a “Françoise”. Además la voz narradora es invariablemente la de Alfred Brauner pues, buen cuentista y mejor manejador de la lengua de Molière, él ostenta el papel mediático. Pero, cabe admitirlo: el espíritu científico, la “teórica”, es ella<sup>4</sup>. Aunque nunca se olvide de asociar a su querida “colaboradora” a sus relatos y memorias, la voz de la *Doctora Fritzi* —como la llamaban en España— nos llega *filtrada*. Por eso he querido, aquí, darle directamente la palabra.

En el testimonio que sigue, Françoise Brauner, que tiene cerca de ochenta años al escribir, resume brevemente los dos años de su experiencia española. Es el suyo un estilo sin floritura, tanto más despojado cuanto que el artículo se inserta en una obra colectiva comprometida: *¿Esculapio o Marte? Médicos contra la guerra*. Pero, a pesar de la gran sobriedad del estilo, el lector percibe nítidamente el indefectible afán que tuvo Françoise Brauner por imponerse como mujer dentro del “encuadre” masculino en que le tocó vivir.

El artículo fue escrito en alemán, por lo tanto es a través del filtro de la traducción como el lector va a tener que captar ese insustituible “sonido de mujer”.

4. Firmados “Fred Brauner”, citemos un cómic: *Jim, John et la Jeep*, y un folletín: “Le secret du souterrain”, *Vaillant. Le jeune patriote*, n° 56-n° 62 (12 mayo-18 julio 1946): en plena guerra civil una pandilla de chiquillos juega a un juego peligroso en el sótano de una iglesia madrileña.

*Médica durante la guerra civil de España*por Françoise E. Brauner<sup>5</sup>

La República de España, edificada a duras penas tras el colapso de la monarquía decrépita, tenía tan sólo seis años cuando en medio del verano del 36 el título en primera plana *Rébellion militaire en Espagne* causó una fuerte emoción en toda Francia. España era al fin y al cabo la nación más estrechamente vinculada a su vecina, Francia, y existían afinidades antiguas entre la población del sur de Francia y la del norte de España. Muy rápido la opinión pública se decantó: unos por los republicanos, otros por los franquistas.

Yo estaba casada desde hacía poco con un amigo de juventud. Habíamos previsto, a pesar de nuestro modesto presupuesto, hacer un viaje a España antes de que mi marido empezara su servicio militar en octubre de aquel año. Teníamos mucho miedo entonces de que una guerra pudiera estallar durante su servicio. Después de todo hacía unos cuatro años que el nacional-socialismo reinaba en Alemania. En Francia, al contrario, era un frente popular de izquierdas el que estaba por primera vez en el gobierno y el que, por las circunstancias, ante su vecino agresivo del este, se comportaba pacíficamente por miedo a una confrontación.

Mi marido se marchó a Metz para incorporarse en una división de artillería de tracción animal que, en caso de guerra moderna, hubiera sido puesta inmediatamente fuera de combate.

Ya sola en París, me pasaba los días en diversos hospitales para perfeccionarme en mi oficio. Allí es donde me enteré por colegas de la creación de un comité de ayuda médica a España que buscaba médicos y enfermeras. Yo que no era más que una joven médica sin experiencia ¿podía ser útil?

Para saberlo me presenté allá al final. Reinaba más buena voluntad que orden y una extraordinaria mezcla de gentes interesantes que se apretujaban en unas salas pequeñas. Acudían de las cuatro puntas del mundo para ir a España. Era sobre todo gente joven, americanos gigantescos y mediterráneos pequeños, negros y blancos, y hasta chinos; y para colmo ¡qué batiburrillo de lenguas!

5. BRAUNER, Françoise E.: "Als Ärztin im Spanischen Bürgerkrieg". En RUPRECHT, T. M. y JENSSEN, C. (eds.): *Äskulap oder Mars ? Ärzte gegen den Krieg*. Bremen, Donat Verlag, 1991, pp. 331-347. He publicado una versión francesa (Évelyne Sinnassamy trad.) en la revista *Pandora, Revue de Paris 8-Saint-Denis*, 5 (2005), 97-112.

Me encontré de manera inesperada con el doctor Emil Edel<sup>6</sup>, uno de mis antiguos compañeros durante mis estudios en Viena. Me contó cuántas dificultades tenían los austriacos para venirse aquí. El gobierno sostenía a Mussolini cuyas tropas estaban movilizadas en Madrid para Franco. Me dijo que en la frontera austriaca todos los que parecían sospechosos de querer irse a España pasando por París o por Suiza eran detenidos.

Los alemanes con los que hablé eran emigrados políticos. Esperaban poder sostener en España el combate contra el régimen hitleriano. Ninguno de ellos entendía la posición del gobierno francés de izquierdas que intentaba impedir la formación de unidades internacionales para preservar su “neutralidad”.

“Vamos a transmitir su petición para examen y la informaremos” me dijeron finalmente cuando dejé al comité mi nombre y mis señas mientras tanto en espera. Ahora quería hablar de la situación con mi marido y me marché sin pensarlo mucho tiempo a Metz. Él me animó. Aunque hasta entonces me había interesado sobre todo por la pediatría, podría sin duda hacer una buena labor en España. Evidentemente lo que más necesitaban eran cirujanos, pero ¿no había trabajado yo al menos unos meses en dos servicios de traumatología y adquirido así algunos conocimientos en cirugía general? Ahora bien, estaba decidida a trabajar como simple enfermera, si fuera preciso.

Sólo cincuenta años más tarde es cuando he reflexionado sobre las “razones profundas” de mi compromiso con aquella guerra civil, cuando un periodista americano me interrogó al respecto. Seguramente tenía que ver el hecho de que yo quería llenar el tiempo de soledad mientras mi marido hacía el servicio militar. Él, que era profesor de germanística, había dado la espalda a su materia tan amada, cuando en 1933 y 1934 los nacional-socialistas por primera vez, en Berlín y en Dusseldorf, habían quemado las obras de grandes escritores alemanes.



6. El médico interbrigadista Edel, nacido en Viena en 1910, combatió luego en las Fuerzas Francesas Libres: *vid. Jewish Virtual Library*.

Pero sobre todo yo sabía lo que una victoria de los generales significaría pues, durante mis estudios de medicina en Viena, había visto cómo el fascismo austriaco, en colaboración estrecha con Mussolini, había destruido militarmente el partido social-demócrata. Varios amigos míos habían perdido la vida entonces <sup>7</sup>.

Pero lo que fue decisivo —y sólo hoy es cuando lo comprendo del todo— es que, al ser una de las pocas mujeres en haber elegido el oficio de médico, luchaba por la igualdad de los derechos, con mayor motivo cuando en la Francia de la época las mujeres eran consideradas como seres humanos de segunda clase. Cuando se producían en el mundo conmociones que me parecían virajes de la Historia quería, yo, una mujer joven de veinticinco años, no mantenerme al margen sino ejercer mi oficio aportando mi ayuda. Además pretendían que la guerra no iba a durar más que unos meses...

Por fin recibí una respuesta positiva del Servicio Sanitario Internacional de París. Ya no me faltaba más que un pasaporte, y resulta que en aquella Francia atrasada yo sólo podía obtenerlo con la autorización de mi marido. Aunque aquello no planteara ningún problema en nuestro caso, estaba indignada. ¡Eso yo lo ignoraba al casarme!

Mi familia y mis conocidos reaccionaron de manera muy diversa. La mayoría tenían miedo por mí: “Quieras que no, siempre hay balas perdidas...”. Otros me expresaron su admiración, cosa que yo desde luego no les pedía.

El padre de una amiga, un escultor liberal de izquierdas, casado con una feminista francesa famosa, Nelly Roussel <sup>8</sup>, que se llamaba Henri Godet, me invitó a cenar poco tiempo antes de mi salida —en Francia sólo se habla de las cosas serias durante o después de las comidas! Al despedirme me pasó con la mayor discreción un billete de banco: “¡Para España!”.

Logré unirme al convoy en el que iba también mi colega y amigo de Viena. Así me sentí en seguida integrada.

7. La insurrección del 12 de febrero de 1934, impulsada por el “Schutzbund” (organización paramilitar socialista opuesta al “Heimwehr”, organización fascista), fue reprimida con sangre: unos 374 heridos, 13.000 presos en campos de concentración.

8. Nelly Roussel (1878-1922), librepensadora y feminista, luchó por la total independencia legal de la mujer (*Paroles de combat et d'espoir. Quelques lances rompues pour vos libertés*, etc.). Henri Godet (1863-1937). Las teorías de su hija Mireille Godet, educadora, sobre las virtudes de los “juegos dramáticos” para la plenitud del niño (*La Nouvelle Éducation*: n° 33 y 34, marzo y abril 1930) serán puestas en práctica por los Brauner.



### *Camino de España*

El viaje fue largo y cansado. ¡Pero a pesar de todo reinaba un increíble buen humor! Los hombres cantaban en compartimentos llenos de humo, alumbrados por una pálida bombilla. Eran canciones en todos los idiomas posibles. Cada vez que el tren paraba, casi todos se bajaban y formaban corrillos en el andén para enseñarse mutuamente la letra.

Sólo más tarde noté que también había algunas mujeres en el tren. Eran pocas, pero en cambio estaban continuamente rodeadas por sus compatriotas masculinos. En la frontera francesa esperamos dos horas. Nos recogieron la documentación. Se decía que la policía de las fronteras no sólo examinaba los papeles de cerca, sino que trabajaba a posta con tal lentitud. Parece ser que mi pasaporte, en particular, fue verificado con especial detenimiento, ¿por ser auténtico a lo mejor? Pasamos la primera noche en suelo español dentro de un edificio inmenso y sombrío; ya no recuerdo el sitio.

Al día siguiente, pusimos rumbo al sur siguiendo la magnífica costa del Mediterráneo De guerra: ni rastro. En Valencia el tren torció hacia el suroeste y paró en Albacete, cuartel general de los voluntarios extranjeros.

### *En Albacete*

Cruzamos la pequeña ciudad a pie por un adoquinado increíblemente desigual. Albacete no se parecía a las ciudades españolas de la tarjetas postales: muros grises, con pocas ventanas y pequeñas, puertas detrás de las que los habitantes desaparecían en la oscuridad, y un frío que ninguno de nosotros se hubiera esperado en España en febrero.

Con mi colega austriaco me fui al Servicio central de sanidad. A los no-médicos los dirigieron en gran parte hacia un cuartel. Ahí, nadie se parecía a un soldado: ropa de paisano y pantalones de esquí, gorras de visera y sombreros de fieltro, zapatos lustrosos y botas pesadas, reunidos componían un cuadro “pintoresco”. ¿Pintoresco? La palabra convenía para los voluntarios internacionales, pero no para los hombres que visiblemente eran españoles e igualmente combatientes voluntarios. Silenciosos, esperaban en pequeños grupos, llevaban largas blusas y parecían terriblemente pobres con su indumentaria de campesinos, pero a la vez decididos y dispuestos a la lucha. Aún cincuenta años después, aquella impresión sigue siendo para mí una de las más profundas, el símbolo de la miseria en el pueblo español.

La consigna general era: ¡Esperar! ¡Esperar! ¡Esperar! No recuerdo si aquello duró dos días o más. Pero el ambiente entre los “Internacionales” era extraordinariamente bueno y difícil de describir —un entusiasmo general

de encontrarse ahí tantos procedentes de los más diversos países: europeos, entre ellos una cantidad notable de germanófonos, americanos del norte, canadienses, pero también, particularmente numerosos, gentes de América del Sur y de América central, e incluso australianos. Todos firmemente convencidos de la importancia de ese gran despliegue y de la victoria sobre el fascismo —con repercusiones sobre la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler.

Del frente de Madrid llegó la noticia de que la ofensiva de Franco se había estancado en el Río Jarama. Pero eso sí, no se podía negar, con muchos muertos entre los voluntarios. Cantos de lucha contestaron a esta noticia —algo que se parecía a una música de Beethoven, impregnada de tragedia y heroísmo.

Finalmente, una gran asamblea fue convocada en el patio del cuartel. André Marty, miembro del Comité central del PCF, hizo un discurso a los combatientes. En 1917 ya había comparecido ante un tribunal militar como líder de un motín de marinos de la armada francesa del Mediterráneo; era con Luigi Longo el organizador de las “Brigadas Internacionales”. Este último era italiano y también comunista. Hubo de nuevo cantos. Marty se dirigió hacia el portal, pasó muy cerca de mí, apretó manos a la derecha y a la izquierda, pero en mí no se fijó en absoluto. Fuera se encontraban camiones, grupos de hombres se montaron en ellos. Dentro brillaban armas. Ahora era la salida para el frente. Mi colega austriaco también se marchó, y a mí, sencillamente, me habían dejado plantada ahí.

En aquel momento alguien me dirigió la palabra: “Permítame que me presente, Doctor Fulano, de Toulon”. Su pantalón de montar a caballo estaba sucio y roto, y su chaleco igual. Venía del frente, me explicó, para presentar su dimisión y regresar a Francia. “¡Usted no se lo puede imaginar, querida colega! ¡Es una carnicería!”. Luego citó un verso del *Cid* de Corneille haciendo una inversión: “Salimos por centenas y nos vimos decenas al regresar al puerto. He de decirle —prosiguió: Soy médico, no cirujano. ¡Y ni siquiera había vendas! Yo era completamente inútil, seguí como camillero; ¡pero los italianos nos tiraban como a conejos!”. Siguió hablando, de manera cada vez más embrollada, aparentemente bajo el choque de aquel bautismo de fuego.

Ahora más que nunca yo quería saber lo que me esperaba. ¡Quería ir al frente! Yo debía estar lista, me declararon finalmente en la Central sanitaria, pues iban a instalar un nuevo hospital militar en la costa mediterránea, al norte de Valencia: Benicàssim. “¿Por qué en la retaguardia y no en el frente?”, pregunté, decepcionada. La situación militar había cambiado, me contestaron, el frente estaba estabilizado. La guerra podría durar acaso más tiempo de lo que pensábamos, por eso convenía ahora, ante todo, organizar correctamente la atención médica para reducir las

pérdidas humanas. Me incliné y comencé a familiarizarme con la idea de mi futuro trabajo.

Un camión con cajas llenas de medicamentos debía salir para Benicàssim en las horas siguientes. Por fin llegó el momento. Volvimos a tomar en sentido contrario, con dirección al noreste, el mismo camino que habíamos tomado unos días antes. El camión no tenía una carga muy pesada. En la carretera mala daba verdaderos saltos, y yo también. Traté de descifrar el papel que me habían dado como salvoconducto. Escritos a mano figuraban mi nombre, mi fecha de nacimiento, “Francesa. Médico Teniente: Benicàssim”. Ahora pues era “soldada” para la República española.

### *Médica de las Brigadas Internacionales en Benicàssim*

Benicàssim había sido hasta hacía poco un balneario bonito, a dos kilómetros del pueblo del mismo nombre. A lo largo de la magnífica playa, ocultas entre las palmeras, estaban dispersas unas tres docenas de *villas* de tamaño y estilo variados, algunas con ostentosas columnatas. Un poco más atrás se erguía un edificio grande, un convento. Apenas si presté atención al cielo de un azul radiante, pues buscaba los locales del hospital. Pero no existían. Primero hubo que instalar el hospital en las villas, bajo la dirección del doctor Ernst Amann<sup>9</sup>.

Tres de ellas me fueron atribuidas. Se inscribió con tiza “Despacho” en la puerta de la más grande de las piezas. Ahí es donde las cajas de medicamentos, que habían llegado conmigo de la farmacia central de Albacete, encontraron su sitio para empezar.

Y ya tenía trabajo: los medicamentos venían de los países más diversos, había que descifrar las inscripciones. Surgían problemas con los medicamentos especiales que, según los países, llevaban nombres de marca diferentes. Había que reconstituir las fórmulas químicas a partir de los prospectos adjuntos.

Pronto nos entregaron un nuevo aparato de radiografía. Pero faltaban piezas. Llamamos por teléfono a París. Tras largas pesquisas, se averiguó que la caja que faltaba la habían mandado a otro hospital republicano. Cuando llegó por fin, se planteó la cuestión de saber si lo que de veras estaba en juego era negligencia solamente. Desde luego los diferentes donantes y las organizaciones de ayuda humanitaria querían luchar todos a favor de la República española, sin embargo sus ideas sobre la forma de hacerlo solían ser muy divergentes y la desconfianza resultaba tanto mayor.

9. Como la mayoría de los médicos citados aquí figura en la *Jewish Virtual Library*.

Incidentes análogos en otros sitios nos llevaron a la conclusión de que por rivalidad se ejercía sabotaje en algún sitio en Francia o en España. Yo no me esperaba eso, pues creía que el mundo entero trabajaba con entusiasmo por la República española.

Cuando Franco empezó su ofensiva en el Río Jarama, a finales de febrero de 1937, no tardaron en anunciar el primer transporte de heridos graves. De momento sólo había en nuestro hospital unas camas de hierro y una organización más bien insuficiente. Cuando al fin llegaron los primeros heridos, fueron descargados con infinitas precauciones, transbordados y llevados a las salas donde se descubrió de nuevo todo lo que faltaba. Se carecía de las instalaciones más simples, y también del personal de servicio. Buscamos entre las mujeres españolas de los alrededores. Encontrar a personas que tuvieran una formación era imposible. Muchas veces las mayores no sabían ni leer ni escribir; sólo las más jóvenes habían ido todas a la escuela gracias a la República, a partir de 1931. Tuve la suerte de conseguir para el servicio a dos mujeres muy eficaces; pero todas las demás también aprendieron rápido los principios elementales de la asistencia a los enfermos.

Mis tres villas albergaban a los pacientes recién operados. La labor más importante era en primer lugar conseguir la higiene imprescindible. En aquella época todavía no había antibióticos, además los locales no habían sido edificadas para funcionar como hospital. Con cada nuevo convoy del frente llegaba también todo tipo de parásitos. Sin embargo gracias a la buena voluntad de todas las “Chicas”, así es como llamábamos a las jóvenes ayudantes españolas, lográbamos mantener las salas limpias. Cuando, unos meses más tarde, el doctor Oscar Telge<sup>10</sup>, un búlgaro, director general del Servicio de salud de las Brigadas internacionales, vino un día personalmente a Benicàssim para una inspección, nuestra “*Villa Soccì*” obtuvo el primer premio.

### *La vida en Benicàssim*

Teníamos un trabajo enorme. Varios meses después de mi llegada yo todavía no había visto nada del pueblo de Benicàssim, de donde ocurría que alguno volviera borracho, a veces con accesos de locura agresiva. Era preciso calmarlo, y no sólo con inyecciones. A veces bastaba con alejar a todos los demás y hablar calmadamente con el hombre. Uno de aquellos pacientes me preguntó una vez si no tenía miedo. En el fondo yo nunca

10. Oscar Telge, seudónimo de Zwetan Kristanow, médico búlgaro: *vid.* LEFEBVRE, M. y SKOUTELSKY, R. (eds.): *Las Brigadas Internacionales. Imágenes recuperadas*. Barcelona, Lunweg, 2003.

había pensado en ello. Estaba convencida de que todos mis pacientes me respetaban. Ciertas noches sin luna, cuando me costaba encontrar el camino entre las palmeras, sí que notaba que la angustia me invadía, sobre todo cuando iba camino de una villa algo retirada, donde se encontraba el niño que me traía de cabeza, por su asma tan grave.

Cuando el frente se aproximó y la retaguardia se encogió, vinieron más y más heridos. En los hospitales del frente los médicos optaban pronto por la amputación con el fin de evitar la gangrena. Ante todo, los pacientes debían poder sobrevivir al transporte. Nos llegaban muchas veces en un estado lamentable. Sólo en los hospitales se podían efectuar transfusiones de sangre y perfusiones; así que los médicos del frente sólo tenían a su disposición, al menos en los primeros meses, inyecciones de morfina para calmar el dolor y una copa de coñac...

Nuestro hospital se llenaba cada vez más de enfermos. Los ocupantes ya no eran únicamente voluntarios internacionales, sino también españoles y no españoles que nadie podía controlar verdaderamente. Los hombres iban a menudo al pueblo, y cuando estaban borrachos, había peleas. Incluso a veces el hospital debía mandar a hombres armados para poner orden. Era importante para la reputación de los “Internacionales”, pues no gozaban de gran consideración. Benicàssim era en efecto *muy católico*<sup>11</sup>: hasta la guerra los habitantes habían vivido gracias a los ricos habitantes de las “villas” y por tanto solían tener ideas totalmente antirrepublicanas.

El hospital se amplió rápidamente. Pronto tuvimos nuestro propio servicio de cirugía, creado por el doctor Bedrich Kisch, un cirujano checo de Praga que hasta entonces había trabajado en el hospital Komensky en el frente; más tarde llegaron aún otros excelentes médicos checos. El doctor Bedrich me eligió como asistente para el quirófano, pero yo además tenía derecho a conservar “mis” pacientes en las villas. No quería abandonarlos a ningún precio, cada uno de mis enfermos estaba ligado a mí y yo a él.

Cuando las primeras enfermedades infecciosas aparecieron, se instaló un servicio especial en un pabellón. Steffi<sup>12</sup>, una enfermera checa particularmente eficaz, procedente ella también del hospital militar Komensky, se encargó de ese puesto difícil en aquel servicio. Dos ayudantes españolas la asistían con una abnegación admirable.

Un bloque de cuarentena se hizo necesario en una de “mis” villas. Tuve que dejar mi pequeña habitación, un leve golpe del destino en la medida en que yo disfrutaba de un balcón minúsculo y que, durante las noches calurosas, conciliaba el sueño al aire libre, a pesar de los innumerables

11. En español y subrayado en el texto.

12. Steffi Schwester.

mosquitos. En mi nuevo aposento faltaba el balcón, pero en ningún caso esos bichos molestos: hoy conservo todavía cicatrices en las piernas de aquellas picaduras profundamente infectadas.

Una tarde del otoño de 1937, apareció mi marido completamente de improviso. Había ahorrado días de permiso y, tras su desmovilización, se había encaminado hacia España. De repente lo vi llegar entre dos de mis villas. “Primero no te has movido”, me cuenta él mientras escribo esto, “y luego tu primera palabra fue: ‘acabamos de amputar por fuerza a un teniente las dos piernas. Un americano, un Indio de dos metros. Antes. Un hombre magnífico. ¡Es para llorar! Creo que jamás podrás comprender la vida ésta’”. Mi marido quedó decepcionado. Yo sólo tenía a mis enfermos en la cabeza, un mundo extraño para alguien que llegaba de Francia. Pero pronto comprendió...

Al cabo de unos pocos días, quiso ser útil y solicitó ir al frente. Luigi Longo le recibió en el Comisariado de Guerra. Allí alguien lo había señalado como experto en el trabajo con los niños. Así que Longo le propuso ocuparse de niños evacuados. Para empezar podía, en compañía de un fotógrafo húngaro Révai (“Turai”)<sup>13</sup> —que tras una herida grave apenas se acababa de restablecer—, visitar las instalaciones existentes para darse cuenta de lo que había que hacer.

Entre las instalaciones figuraba, en el extremo norte de nuestro hospital, la última villa, acondicionada como hogar de niños para los pequeños refugiados asturianos. Las tropas de Franco habían atacado primero la provincia de Asturias y ejecutado en masa a la población<sup>14</sup>. Un convoy de niños había llegado pasando por Francia hasta nuestro hospital de la costa mediterránea. Entonces se abrió también para mí un nuevo campo de actividad que me unía a mi marido: yo organizaba la atención médica de los niños, por lo general vacunación y control de crecimiento, en colaboración con la directora pedagógica de la casa.

### *La vida común en el hospital*

A pesar del volumen enorme que había alcanzado durante ese tiempo el complejo hospitalario de Benicàssim una total igualdad de derechos existía

13. Dezvõ Révai, fotógrafo famoso en Hungría fue, durante la Segunda Guerra Mundial, Director general del Cine nacional y murió en Budapest en 1996.

14. El “Frente Norte” fue liquidado definitivamente el 21 de octubre de 1937, con la toma de Gijón y de Avilés. Si “primero” es discutible, la implacabilidad de la represión es innegable. Los niños vascos siguieron otras redes de evacuación (véanse los trabajos de Jesús Alonso Carballés).

entre todos los colaboradores, sin distinción de rango. Uno de los raros desacuerdos estalló a propósito de un comedor separado donde era servida una comida mejor para los médicos. Pues en España reinaba ya una gran penuria de alimentos, se carecía de aceite, harina, carne y de otras cosas más. Los médicos y el personal auxiliar hasta entonces, así como los enfermos, habían compartido la misma comida pesada: mayormente *garbanzos* sin la menor grasa, que causaban desagradables flatulencias. Fui a ver por primera vez al comisario político, un intelectual húngaro, vuelto del frente gravemente herido y no restablecido del todo. Acogió mi crítica con cierta sonrisa y terminó por decir: “Es la tradición burguesa. No nos hemos deshecho de ella todavía”.

La mayoría de los médicos no iban a sentarse a aquella “mesa aparte”, al lado de los oficiales. Los días en que estábamos abrumados de trabajo despachábamos en unos minutos nuestra comida con las enfermeras y, si teníamos tiempo, siempre se formaban corrillos heterogéneos en una terraza o al aire libre que utilizaban el almuerzo para charlar o para tener conversaciones serias. Por supuesto, también intervenían los heridos en cuanto podían andar.

Retrospectivamente la impresión más honda que me queda de aquellos dos años de lucha dura, es la increíble concordia entre gentes de nacionalidades tan diferentes al servicio de una causa común. A pesar de las grandes dificultades, de los peligros y de las obligaciones curiosamente no surgía ningún desacuerdo. Naturalmente había simpatías y antipatías; y claro personas que tenían la misma cultura e intereses convergentes se agrupaban más fácilmente, por ejemplo los numerosos Interbrigadistas de lengua alemana; las diferencias nacionales en la manera de vivir también se notaban. Sin embargo no hubo problemas de nacionalidad.

Los combatientes americanos me parecían particularmente accesibles. En cambio, con nuestros compañeros franceses, el contacto era a veces difícil: sólo algunos dominaban una segunda lengua, y también había pocos entre los alemanes. Pero los numerosos Interbrigadistas políglotas siempre posibilitaban la comprensión.

Cuando, en mi servicio, iba de una cama a otra, debía cambiar de idioma casi a cada cama. Para los heridos, sobre todo los que estaban solos del todo, sin compatriotas, cobraba una gran importancia el que se les hablara en su lengua materna y el poder expresar sus preocupaciones en su idioma.

No obstante, gracias a los enfermos españoles cada día más numerosos, todos aprendimos también algunas briznas de español. De ahí salió nuestro “*españolanto*”, una jerga pintoresca.

Surgían problemas de verdad sin embargo cuando los heridos llegaban al hospital: por regla general sin referencias. Si por casualidad había una,

podía ser un trozo de papel mal escrito, con una corta anamnesia: tipo y circunstancia de la herida, conjetura de diagnóstico. Luego empezaban las adivinanzas. Cuando el paciente venía de otro hospital, los datos eran desde luego más detallados, si bien redactados con la letra ilegible del médico. Muchas veces, también, la comprensión a propósito de los medicamentos, de las recetas y de las terapias resultaba difícil para las enfermeras, las auxiliares españolas y los enfermos.

### *Los visitantes*

El reverso de la medalla de esta internacionalidad fraternal era una desconfianza considerable hacia todo aquel que no formaba parte de la comunidad. Uno de nuestros comisarios de guerra por ejemplo, responsable de numerosos heridos españoles, era de una suspicacia casi patológica; veía espías por todas partes y traidores.

Día tras día llegaban huéspedes del extranjero: políticos que querían hacerse valer con una visita a España, artistas y escritores en busca de temas, periodistas que querían hacer reportajes sobre la guerra. Entre ellos se encontraba mucha gente importante: Erich Weinert, Bodo Uhse, Hans Marchwitza, el presidente de la Internacional socialista Émile Vandervelde, Ernst Busch, Otto Bauer, Ernest Hemingway, el escritor Alfred Kantorowicz y Julius Deutsch<sup>15</sup>.

Un día alguien se presentó como “neurólogo francés” con una especialidad que nos parecía a todos muy importante. Fue acogido muy cordialmente. Hablaba mucho, pero su francés no era el de un médico, más bien “el francés de todos”. Decidimos someter a su pericia un caso neurológico, y aceptó. Pero de pronto retrasó dos días la cita fijada y ese mismo día desapareció sin dejar rastro.

Un caso parecido: un alemán, que se presentó como administrador de hospital e incluso presentó una recomendación escrita. Pero con los alemanes sobre todo convenía ser muy prudente: las autoridades nacional-socialistas trataban de obtener informes sobre los emigrados políticos procedentes de Alemania. ¡Después de la guerra de España se hizo patente que la Gestapo estaba bien informada!

15. Se reconoce a artistas, escritores, políticos y a ex ministros socialistas: Émile Vandervelde (Ixelles 1866 - Bruselas 1938), signatario del pacto de Locarno (1925) y Otto Bauer (Viena 1881 - París 1938). Benicàssim vio pasar a dos grandes líderes vieneses del “Schutzbund”: Otto Bauer y Julius Deutsch.



Lo peor eran ciertos periodistas “de paso”. Una vez nos mandaron recortes de periódicos parisinos. La de cosas que habían podido pasar aquí... ¿Qué crédito se podía conceder *a fortiori* a los reportajes del frente, allí donde muy pocos periodistas se arriesgaban? La situación no evolucionaba bien. A pesar de la reorganización del ejército republicano y de las contraofensivas —con la ayuda de los voluntarios internacionales— audaces sí pero acompañadas de terribles bajas, las tropas de Franco avanzaban siempre más hacia el este. Los heridos graves llegaban por hornadas y nuestro hospital estaba siempre ocupado hasta la última cama: gentes que no olvidaré nunca, a menudo con nombres conocidos.

### *Encuentro con Egon Erwin Kisch*

Un día llegó el hermano mayor de mi cirujano: Egon Erwin Kisch, el “reportero lanzado”. Yo me lo había imaginado diferente, no había nada excesivo en él. Un señor encantador de cierta edad, cincuenta y tres años, de inteligencia superior y con mucho humor, que creaba muy rápidamente un ambiente alegre. Tenía, no obstante, una “preocupación” personal muy grande: esperaba sacar de la guerra de España su obra más considerable, un reportaje de gran estilo. Cuando hablaba con mi marido y conmigo, todavía no había escrito la primera línea —y lo más importante, ya se sabe, ¡era “la primera línea”!

En aquel momento yo tenía entre “mis” heridos a Maxl Bair<sup>16</sup> de Matrei en Tirol, un pequeño campesino, pobre, y que sólo tenía veinte años. Había tenido tres vacas y, como decía él, había vendido su mantequilla para poder poner margarina en sus rebanadas de pan. Unos jornaleros, a quienes había acogido en subarrendamiento, le habían hablado del mundo así como de la guerra de España. Educado en una estricta fe católica —el cura estuvo a punto de mandarlo al seminario— toda idea revolucionaria le era a primera vista incomprensible. Y sin embargo un día había decidido huir de aquella vida estrecha: vendió sus tres vacas; compró para él y sus tres amigos ropa decente y billetes para París; desde allí prosiguieron el viaje hacia España.

Egon Erwin Kisch escuchó aquella historia, se puso silencioso y volvió a la noche siguiente con su cuento “Las tres vacas”<sup>17</sup> y nos lo leyó. Pero

16. Nota de Françoise Brauner: “Ahora [1991] vive con otro nombre en Berlín”.

17. KISCH, Egon E.: *Die drei Kühe. Eine Bauerngeschichte Zwischen Tirol und Spanien*. [s. l.]. Amalien Verlag, 1938.

la primera línea de su “enorme reportaje” sobre la guerra de España, nunca la escribió.

### *Franz Luda*

Mi paciente preferido en aquellos días era Franz Luda, un antiguo “Schutzbündler” de Viena que había combatido en 1934 contra Dollfuss y que había sido enviado al campo de concentración de Wöllersdorf<sup>18</sup>. En España fue el abanderado del “Batallón Tschapaiev”.

El primero de enero de 1937 intentó conquistar, con diez de sus camaradas, una posición fascista, enarbolando en cabeza la bandera roja. No era una mera acción gloriosa. En aquel momento todavía no había un alto mando unificado, cada unidad combatía por iniciativa propia. El grupo había sido duramente ametrallado. Cascos de bomba infligieron a Franz heridas importantes en la pierna izquierda y la mano derecha. Sus compañeros le creyeron muerto y además no pudieron traérselo bajo el fuego enemigo. Durante cuatro días pues se había arrastrado sobre los codos a ocho grados bajo cero, metro por metro, con una lata de leche condensada como única subsistencia. Merced a su constitución de deportista sobrevivió. Pero sus piernas estaban heladas y tuvieron que cortárselas; más tarde, pudieron salvarle la mano, en la Unión Soviética, gracias a una plastia de los tendones.

Su alegría de vivir y su humor superaban todos los dolores. Cuando me acercaba a su cama, me decía maliciosamente: “Esta noche ¿te vienes a bailar conmigo? Espera que me dé brillo a los zapatos, ¡pero no tienes derecho a pisarme los pies, eh!” Tenía una guitarra y cantábamos. Cuando Ernst Busch<sup>19</sup> organizó un recital de canciones en Benicàssim, luego vino expresamente cerca de la cama de Franz Luda y le cantó todas sus canciones.

¡Cuánto hemos mimado a nuestro Franz! Al lado de su cama estaba la de su amigo Adolf, vienes también él. Casi curado después de recibir una bala en la cabeza, llevó a Franz a todas las representaciones.

Franz llamaba a todas las enfermeras “*mi corazón*” y “*mía novia*” [sic], y algunas se lo tomaban muy en serio. No se cansaban de alisar las sábanas de lino y las mantas de su querido Franzl<sup>20</sup> y le besaban para darle las

18. Miembro del “Schutzbund”.

19. Ernst Busch, actor y cantante alemán, ingresa en 1937 en las BBII. Popularizó numerosos cantos de la Guerra de España, como *Mamita mía*. Después de la II Guerra mundial, Bertolt Brecht le acogió en el *Berliner Ensemble*.

20. La “l” es la marca del diminutivo. *Vid. infra*: Maxl.

buenas noches. Cuando un día le trasladaron a un hospital español mejor equipado para un tratamiento quirúrgico de su herida de la mano, se hundió en un depresión tan profunda que nos lo devolvieron a toda velocidad. ¡Qué alegría cuando estuvo de nuevo entre nosotros! Un día Adolf lo llevó a la playa ¡y, como un pez, Franz, el hombre sin piernas, nadó hasta lejos en el mar!

### *La derrota*

La situación militar se degradó mucho cuando, a finales de 1937, los franquistas metieron una cuña en el frente republicano al este de Teruel. Sí, desde luego, una contraofensiva logró a lo primero rodear las tropas enemigas avanzadas y tomar Teruel, pero a partir de febrero de 1938 tuvieron que abandonar esa posición. Cuando un día yo quise acompañar a Egon Erwin Kisch a Teruel que había pasado a manos de los republicanos, el doctor Fritz Jensen<sup>21</sup> y el comisario político Arthur Dorf declararon: “¡No, para mujeres todavía no está aquello bastante seguro!”. ¡Qué ofensa!

Los transportes de heridos del frente se volvieron cada vez más importantes, acompañados por innumerables fugitivos de Teruel. ¡Yo nunca había visto tal desamparo humano! Nuestro hospital que ya contaba unas mil camas estaba atiborrado. No teníamos demasiadas noticias de la situación real y seguíamos creyendo en la victoria. Muchos confiaban incluso en que la Guerra Mundial que amenazaba salvaría la República, aunque se hicieran una idea de lo que tal guerra significaría.

Finalmente los ataques alcanzaron también Benicàssim, cuando un magnífico día de verano cañones italianos bombardearon por error el hogar de niños en vez de la carretera cercana. Desde luego los niños salieron ilesos, pero observamos que padecían moralmente del peligro de la guerra —un “anticipo” de nuestro trabajo futuro con niños víctimas de la Segunda Guerra Mundial.

### *En Mataró*

A principios de marzo de 1938 empezó la gran ofensiva de Franco sobre Cataluña. Poco después me trasladaron a un hospital del frente norte.

21. Nota de Françoise Brauner: “En aquella época el doctor Jensen tenía secreto su verdadero nombre Fritz Jerusalem. Murió en 1955 cuando la CIA abatió el avión del vuelo que le llevaba como periodista a la Conferencia de Bandung”.

Me mandaron a Mataró, una ciudad a unos treinta kilómetros al norte de Barcelona. El hospital estaba instalado en un antiguo convento. No podría decir cuántas camas contaba, pero era muy grande. Entre los cirujanos: un americano, el doctor Eloesser, que se había venido a España con todo su “Staff” y un equipo quirúrgico completo. Me reclamó para su servicio. Por primera vez tuve miedo: en mi vida había visto un trabajo operatorio tan perfecto. Las enfermeras del quirófano no necesitaban ni orden ni señal alguna, todo se desarrollaba por así decir automáticamente. ¡Un aprendizaje enorme me esperaba!

Mi marido, que seguía siendo responsable de los niños evacuados, terminó por instalarse en Barcelona para trabajar en el Comisariado para los Refugiados.

Un día pude coger un permiso y me fui allá a verle. Ese día precisamente bombardearon de nuevo la ciudad. Optamos por subirnos a la azotea en vez de bajar al sótano y vimos las bombas caer, producirse incendios. Un chaparrón de cascos nos cayó encima. La derrota de la República se volvió para nosotros una triste certidumbre. Hablamos del peligro de una guerra para Europa, quizás para el mundo entero.

Regresé pronto a Mataró. De mi llegada a mi sala de hospital me quedó en la memoria de manera inexplicable la cara de un chino, esa mirada particularmente viva, llena de sutileza. Más tarde me enteré de que él había participado en la “larga marcha” con Mao Tsé-Tung y que había ascendido a general. Se casó con una doctora europea que yo conocía bien y que más tarde me dijo un día que su marido todavía me recordada, que yo había sido su doctora preferida. Me llegó al alma. Pero eso tiene probablemente menos relación con mi persona que con el ambiente de los hospitales durante aquella guerra. Ahí es donde aprendí a entender lo que cada uno sabe en el fondo: los enfermos se curan mejor cuando se les da un sentimiento de bienestar.

La colaboración con el doctor Eloesser en Mataró no duró mucho tiempo. El 23 de septiembre de 1938 el gobierno español anunció que retiraba todos los voluntarios internacionales. Quería demostrar de esa forma a las naciones democráticas que la República española era capaz de luchar sola por su existencia. Esperaba así privar a los gobiernos fascistas del pretexto de su intervención.

Por eso los catalanes organizaron el 28 de octubre una emocionante fiesta de despedida en Barcelona para los voluntarios internacionales —los que estaban aún en vida. Después regresé a París con mi marido.

\* \* \*

El cincuenta aniversario de la guerra de España fue dignamente celebrado en 1986 en Madrid. Entre los rostros fuertemente marcados por la edad busqué caras familiares de antaño. De pronto oí a alguien que contaba en dialecto vienés a sus antiguos camaradas y a otros auditores cómo habían dado el asalto, cómo había sido herido y —en el momento en que yo me acercaba— cómo había sido transportado al hospital de Benicàssim: “Entonces me examinaron y mi herida no les pareció nada bonita. Y el cirujano dijo en alemán a su asistente, una doctora joven y guapa: ‘¡Vamos a tener que amputar probablemente!’ ¿Pueden imaginárselo? ¿Y ella? Ella me examinó detenidamente y dijo que quizás no sería necesario, que se podía esperar aún. Y el doctor estuvo de acuerdo, y es así como he conservado mi pierna!” Entonces un voluntario internacional le dio una palmadita en el hombro: “Y tu doctora, ¿podrías reconocerla? —¡pues ahí está!” Hans me mira con ojos desmesurados. Al instante su mujer se abalanza sobre mí, me coge en sus brazos, y exclama: “Señora doctora, a usted le debo tener a mi marido con sus dos piernas!”

¡Sólo por eso, mereció la pena haber sido médica en España!

(Traducción del francés: Rose Duroux)

